


UN PASEO AL RETIRO Y AL BOTANICO.



Existe en Madrid, en medio de esta poblacion tan llena de ruido y tan henchida de gente, una dilatada y tranquila posesion cargada de árboles y silenciosa; morada feliz que á la historia natural se ha construido en uno de los cuarteles de la Villa. Ese dominio de la ciencia, ese Eliseo aparte, que pareceria un bello sueño visto de lejos, desde alguna altura, se encuentra en la mejor situacion, contribuyendo á aumentar el esplendor del gran paseo del Prado, unido al Botánico y sirviendo de consuelo al hospital. Saludad, niños, el Retiro. En el Retiro han paseado estudiando la naturaleza, nuestros mejores agrónomos, nuestros célebres botánicos modernos, los Arias, los Bartelous y tantos otros.

Entrad: son umbrias sus calles, frescas en estío, con árboles sombríos venidos de lejos. Son hermosos árboles robustos y extranjeros sin embargo, que han venido á Madrid para darnos una idea de los bosques del otro mundo, árboles encantadores que soportan con valor su destierro. Poned alguna atencion y vereis cuan bello es aquel bosque! Ay! se encuentran allí árboles que vienen de muy lejos en la cima de aquella terraza ¿veis aquel gran árbol sobresaliente que arroja al cielo sus hojas puntiagudas y vigorosas? Ese árbol lleva un gran nombre que encontrareis á menudo en la escritura; ese árbol hace un gran papel en las poesías de David y en los proverbios de Salomon; ese árbol es el árbol de la Bliab; viene línea recta del Líbano; un viagero español lo ha traído del desierto, débil, y raquítico con un soplo de vida, y en la actualidad se ha convertido en un árbol soberbio. Para conservar su conquista en el Líbano, se privaba el viagero, en medio de los arenales ardientes, de su racion de agua, á fin de poder satisfacer la sed de su arbusto, y asi es como lo ha salvado.

Bajo el elevado cedro, cada pais ha enviado la muestra de sus plántulas: la América misma ha venido representada por sus árboles de largas hojas. Sabeis la historia de aquel pobre indio. Habia ya un mes que estaba en Madrid, le habian enseñado todas las riquezas de las artes, todo el lujo de la Villa, todas las maravillas de nuestros teatros, y el indio habia permanecido frio y mudo. Le llevan al Botánico. En el Botánico en-

cuentra un árbol de la América. En el instante ha latido su corazón con mas celeridad, sus ojos se llenan de lágrimas, recobra la voz con el alma: *Arbol de mi pais!* esclama transportado y se arroja á abrazar aquel árbol, como se abraza á un hermano querido que se vuelve á ver, y que se creia haber perdido hacía mucho tiempo.

El paseo al Botánico es el placer mas completo que se puede imaginar. Es un viage encantador y fácil bajo todos los soles del mundo, en todos los bosques del mundo, por medio de todos los climas del mundo. A cada paso se os presenta un nuevo paisaje. A las orillas del agua hallareis la Holanda y sus yerbas acuáticas y sus jardines flotantes; dad algunos pasos y estais en medio de los pastos de la Inglaterra; subid esas tres gradas, ahí están los Alpes; algunas gradas mas arriba os encontráis en el monte Líbano donde está el cedro. A cada instante la naturaleza varia y cambia de configuracion. Risueña aqui, sería allá; aqui cargada de naranjos en flor, allá balanceando en el aire tristes álamos que mugen, y á cada trasposicion de la colina se diferencia el aspecto. Sois los dueños de todos esos mundos que giran en torno vuestro. Qué hermoso viage! un viage que se hace en pocas horas y que requeriria toda una vida de peligros y trabajos de todas especies para llegar á su término.

No es esto todo: esos árboles, esas espesuras, esas praderas, esos estanques, esas flores, esos arbustos, todos con sus targetas, todos llevando escritos sus nombres sobre sus pechos, á fin de que se sepa su historia mas facilmente y mas pronto; ese hermoso conjunto de plantas raras, de árboles exóticos, esos bellos frutos, esos trigos nuevos, todo ese lujo de vegetacion venido del universo entero, todo eso no es suficiente á nuestro jardin. Los que lo han fundado nos han hallado que la ciencia fuese completa con las representaciones inanimadas de la naturaleza. Han encontrado que no era bastante tomar de un pais sus pastos sin tomar tambien sus ganados; no era bastante hurtarles un lago sin traer tambien los pájaros y los peces de esos lagos; no era suficiente quitarles sus árboles sin traer con la sombra de esos árboles el pájaro que canta en su copa, y que ostenta cantando el variado colorido de sus plumas. Era esa una idea grande, noble y sublime, y así lo que han hecho es no separar el pájaro de su nido, la cabra de la peña de la cual se encuentra pendiente, el pez de sus aguas, la novilla de su prado, el gallo de su matorral, la abeja de su flor, el buitre de su presa. Entrad en el recinto habitado, y vais á ver con vuestra vista, y tocar con vuestras manos ese pueblo exótico del Retiro. Ese pueblo alado va á revolotear al rededor de vosotros. Echad á los pichones algunas migajas de vuestro lamuerzo, mi joven Enrique: esos pi-



chones han venido de Italia; veis, esas gallinas que cloquean á vuestros pies, llegan del Africa. Veis bajo aquel árbol, aquella cabra que roe su corteza? pues esa cabra ha llegado poco há del Tibet. El ánade de Berberia nada en el agua misma que el cisne del Norte; el macho cabrío de olor fuerte está en vecindad con el ligero corzo y el ciervo de cuernos ramosos; la corza se encuentra en los mismos pastos que la blanca becerri-lla del canton de Berna. En aquel matorral allá bajo veis mover-se esos colores brillantes? Se diria que son una llama por la noche. Esa llama, es el dorado faisán, uno de los mas bellos pája-ros de la creacion.

Despues de haber andado así antre esos forasteros ligeros que habitan los bosques, y esos parleros moradores de los patios interiores, despues que habeis manoseado el vellon de las ovejas y dado vuestra manita á besar á la cierva amansada, que-reis pasar á ver animales menos inocentes y menos tímidos? quereis cambiar de pajarera y cambiar esos bonitos pájaros por el pájaro de presa ó el águila de los Alpes? Venid á ver las aves de rapiña. La coleccion de los pájaros que viven de matanza es inmensa, hijos míos: es tan grande en este mundo el número de los malos! Venid acá y no temais nada. Un enrejado os pro-

tege. Vedlos todos esos pájaros que asesinan, ved esas águilas con las cabezas negras y blancas; esos buitres de un ceniciento obscuro; esos buhos hijos de la noche, y que se recogen en sus ahujeros huyendo de la luz del día, vedlos todos. Qué continente ceñudo y triste! qué diferencia entre los animales carnívoros, y los pájaros de poco há que se alimentan de los frutos y semillas de la tierra! Qué feos son esos buitres y esas águilas; esos casuarios que hediondos, qué terribles, cuán largas y



pagizas son sus uñas, un pico negro y encorvado, las alas colgantes, el ojo ensangrentado! Al contrario, qué animados, alegres, cantadores, sin cuidados estaban los pájaros del corral ó de la

llanura, qué felices con poco, juguetones, golosillos como sois vosotros mismos, juguetones y golosos. El pájaro de presa no canta, no juega, vive solo y en silencio; en todo se parece á los malvados, que de ellos huye todo el mundo y ellos huyen unos de otros. Que este triste espectáculo os sirva de lección, mis jóvenes amigos: conservaos buenos y sencillos, inocentes y joviales, amad á vuestros semejantes para que ellos os amen y protejan á su ver.

Dejo las aves de rapiña, dejémoslas en su silencio. Compadezcamos de paso al cuervo maléfico por estar encerrado al lado del buho. El cuervo es en efecto, un pájaro dispuesto, vivo, alegre, vigilante, astuto, pero egoísta que destruye por las ma-



las cualidades del egoísmo sus gracias naturales. El cuervo en medio de las aves de rapiña, no se asemeja mal á esos hombres de talento, que la naturaleza no había criado malos, y que se han hecho malos para probar su talento por los defectos de su

corazon. La benevolencia es el gran vínculo que une entre sí los hombres y los animales.

Yo os ruego que echeis solo una ligera mirada sobre los animales de dos pies y cara casi humana, que veis dando esos saltos extraordinarios. Esos animales tan parecidos á los hombres son los monos, son feos, desaseados, hediondos, traviesos, perezosos y glotones; al verlos se diria que son estudiantes que



han burlado la vigilancia de su maestro. Es un feo animal, y un mal ejemplo. El brinco del mono es de menos mérito aunque el canto del gorrion libre, alegre é inocente que habita en nuestras viviendas, y alegra nuestras casas madrileñas, recordando algun tanto la vida del campo, de la que ellas, ay! están tan distantes.

Mas por qué Eugenia se acoge junto á su niñera? ¿De dónde proviene el terror de Julio? Alfonso que es ya grande y muy valiente marcha por el contrario, adelante, el oido alerta y preparado para defenderse. Concibo de donde proviene la preocupacion de esos niños; han oido el rugido de la leona, han percibido el olor de la fiera. Sí, el desierto está cerca; sí, el leon no está lejos; sí, no lejos del tímido cervatillo se ha colocado el tigre saltador y la feroz pantera. El Retiro se parece á el arca

de Noé que encerraba todos los animales de la tierra; el arca está completa. Animo pues, Eugénita mía, y tú también mi Julio, vamos á ver el leon.

Aquel animal que está allí con el mirar tranquilo, las crines tan espesas y largas, y cuya cola se mueve con tanta fuerza es el leon, rey de los animales, aquel de quien os han referido tantos casos raros; la historia de Androcles reconocido en el circo de Roma por el Leon que él ha salvado: la historia de aquella madre florentina á la cual el leon devuelve su hijo, vencido por sus lágrimas. Mirad, pues el leon; es pacífico y benigno. Rugía hace poco porque tenia hambre. Ese perrillo que está en su jaula le sirve de amigo y de compañero. Ese leon no puede vivir solo.



Aquel animal hermoso todo manchado, tan vivo, tan prevenido, la mirada tan lánguida, las garras estendidas, que acomete de un solo salto: es el tigre. Para ese no hay historia honrosa; gusta de la sangre y del estrago; mata y degüella sin piedad. Es uno de los mas hermosos animales fieros, que produce el Africa, *esa patria de los monstruos* como se decia en tiempo de Juvenal.



Si quereis ver un oso, mirad ese monstruo velludo de hocico prolongado, andar languido, paso torpe; ese es un oso. Ese no toca á la carne sino cuando no tiene otra cosa mejor. Apetece ante todo las frutas y la miel. Aunque tan frugal, no os fieis sin embargo del oso, pues tiene toda la ferocidad del animal carnívoro, solo que es mas cobarde y por consiguiente menos peligroso.

Ese hermoso tigre de listas anchas tan negras y tan blancas, es una pantera. No ois como os las está jurando y os enseña los dientes? Teneis la fortuna de que se encuentra encerrada entre cuatro barrones de hierro, pues sino pobre niño el que pillase!

Mirad, mirad, el Africa ha arrojado todos esos monstruos, los Alpes han enviado todos los suyos, el lobo cervical se pasea con pasos largos y silenciosos: la hiena medita sus crímenes y la violacion de los sepulcros: la zorra cogida en el lazo, sueña



con los ojos abiertos los corrales y los cortijos asolados: el puerco-espín se heriza contra enemigos imaginarios: el tigre lame sus uñas por no tener otra cosa: cada una de esas fieras se entrega á sus bostezos tan flojos y tan horribles, esperando la comida de la tarde. Ved ahí como ha llegado el hombre á reunir en manada los tiranos de los bosques, los habitantes feroces del desierto. ¿No es verdad que es una hermosa conquista?

Y luego que habeis visto todos esos animales feroces, despues que habeis salido de su guarida sanos y salvos, podeis á la vuelta de su posada entrar á paso igual en los desiertos del Oriente. Poco ha estábais en Africa, al presente os hallais en los desiertos de la Siria. En un grande edificio á mano izquierda hallareis reunidos al lado unos de otros, la zebra manchada, asno elegante del beduino; el camello, que es su caballo; la gacela que le dá su leche. Todos esos habitantes del desierto están allí mansos, sumisos, resignados; han olvidado su patria por la nuestra, viven en familia entre nosotros, crian sus hijos y se estienden en su jaula olvidados de su bello sol.

Recorred lentamente ese dilatado refugio de los grandes cuadrúpedos. Ved ahí al jóven elefante, grande como una montaña, que os alarga su trompa con toda la gracia que puede hallar, ese grueso animal, miradlo desde bien cerca, sin tener miedo, porque es bueno y amable. Ved como esa mole densa

está dotada de un ojo encantador y espresivo; ved lo que hace con su trompa, esa mano admirable que os alarga suplicante! El elefante ha llegado á ser hoy un cómico que se hace salir al teatro, que ejecuta su papel tan bien como muchos grandes actores, que ejercita su paciencia, su memoria y su inteligencia en provecho de su dueño. Al lado del jóven elefante, mirad al anciano; ese es grande y reposado, y se está en lo interior de su palacio, pensando en su vejez. El otro es un hombre jóven que entra en la vida. Esos dos colosos se mantienen con pan y forrajes y con todo alimento inocente. Si les dais un bollo lo comerán con toda la delicadeza imaginable. Si un animal semejante fuese carnívoro, seria horroroso.

Mas lo que es encantador, lo que está lleno de movimiento, de vivacidad, y de colores, es la girafa, levantan la cabeza, levantan los ojos, ved, ved junto al techo esa hermosa cabeza tan bien formada, esos ojos tan vivos; es la girafa. Elegante coloso, venido de tan lejos, y que se cria con toda la solitud que se cuidaría un niño. Miradla; rumia, piensa; tiene la mansedumbre de un cordero. A su lado está ese hombre que la cuida; el hombre y el animal son una misma cosa.

Asi es como en el Retiro y en el Botánico están representados todos los paises, todos los monstruos, desde el cordero hasta el elefante.

El paseo al Retiro y al Botánico, es pues un paseo inocente, un placer saludable: será una grande alegría para vosotros, si sabeis ver bien todo lo que hay allí, todo lo que vive allí, todo lo que ha venido allí para hacerse estudiar. Hareis en el Botánico los primeros ensayos en la historia natural, esa tranquila y pacífica historia, purificada de todas las malas pasiones, de todo odio, de toda ambicion, de toda guerra; historia feliz que os pone en presencia de la naturaleza, y en la que el hombre ocupa el mismo lugar que el leon.

Sobre todo al volver del hermoso jardin, y cuando hayais regresado á vuestra morada no olvideis vuestra casita de animales domésticos. Acariciad á vuestro perro que sale brincando á vuestro encuentro; echad migas de pan á vuestros bonitos pececillos encarnados; dad de beber á vuestro canario que canta. El mejor método para estudiar las costumbres é instintos de los animales, es ante todo tenerles afecto.



GIOTTO,

Ó EL GENIO DE LA PINTURA.

Vamos, Bautista, mira el sol que se levanta ya, y tu aun no has despertado. Vamos, perezoso, arriba! pronto! pronto! Tus cabras son mas madrugadoras que tú! Ahí están balando desde muy temprano en el establo, como si pidiesen salir!

A estas palabras, una mano nervuda meneaba vigorosamente al pobre chico que dormia tan buen sueño en su cama de hojas secas, como el hijo de un rey en su blando lecho de pluma. Bautista se levantó frotándose los ojos. El que le habia despertado de una manera tan brusca era Lorenzo Giotto, su padre, y Bautista sabia que este no se chanceaba con la pereza. Asi es que se enderezó mas pronto que lo que yo tardo en decíroslo. Cogió su cayada de pastor, la burda destinada á preservarlo de la lluvia, y que con una zamarra y un mal sombrero de paja componian todo su vestido, y sin dar lugar á que se lo repitiese corrió al establo, hizo salir de él el pequeño rebaño que tenia costumbre de conducir todas las mañanas á los campos inmediatos. Su madre le dió un buen pedazo de pan moreno para su provision del dia. Llamó él á su perro fiel, excelente animal, de pelo negro y corto, orejas rectas, ojo vivo y lleno de fuego, el cual al momento vino á dar brincos á su lado y lamerle las manos: ayudado de este inseparable compañero, el pastorcillo echó por delante de sí sus cabras, y se encaminó lentamente por un sendero áspero y pedregoso hácia el pasto acostumbrado.

Pero ahora, amigos míos, es necesario que adquirais un conocimiento mas detallado de nuestro pastorcillo. Bautista Giotto era hijo de un pobre paisano de las cercanías de Florencia. No tengo necesidad de deciros donde está situada esta grande y bella ciudad. Sabeis tambien como yo que Florencia es la capital de la Toscana, vasta region de la Italia, regada por el rio Arnó. Desde el siglo trece (esta es la época de nuestra narracion) habrá ya cerca de seiscientos años, Florencia estaba en el número de las ciudades mas florecientes de aquel pais. Las artes y las letras se cultivaban allí con una ventaja que resaltaba mas todavia en medio de la barbarie general. En las cercanías pues

de Florencia en una pobre cabaña cubierta de paja moraba el padre de Bautista Giotto cargado de una numerosa familia, costábase mucho trabajo alimentarla. Él, su muger y sus hijo, vivian solamente del trabajo de sus manos y del producto de algunas cabras. Desde su primera infancia se habia empleado Bautista en llevar á aquellas á pacer la yerba y los espinos á las inmediaciones de la cabaña. Por la tarde regresaba á participar de una modesta comida, con toda la demas familia, y al dia siguiente como ya lo habeis visto, se le levantaba regularmente antes que el Sol. El jóven Giotto habia llegado á la edad de trece años y siempre traia esta misma vida, manera de existir ciertamente muy triste y monotoná.

Esto no obstante, Giotto habia hallado medio de ocuparse durante las largas horas que pasaba solitario en el campo, mientras pastaba su rebaño no muy lejos de él, bajo la custodia del fiel perro negro. Aunque muy ignorante, y sin saber ni leer ni escribir, el héroe de nuestra historia no se parecia á los jóvenes pastores de su edad; frecuentemente sentado al pie de un árbol apoyada la cabeza en sus manos parecia meditar profundamente: levantábase luego y tomando un pedazo de greda, ó un carbon, que habia tenido cuidado de llevar á prevencion, dibujaba sobre la primera pared que descubria en el camino, figuras de hombres ó de animales, árboles, casas, todos los objetos que se ofrecian á su vista; y muchas veces tambien trazaba en la arena sus diseños. Estos, como conocereis, se resentian dela ignorancia del dibujante, porque no solamente Giotto no habia recibido las primeras nociones del arte, mas tambien era dudoso que jamas hubiese visto un solo cuadro en aquel tiempo en que siendo las producciones de la pintura mas raras y mas caras que hoy, estaban reservadas para adorno de los palacios, y de las iglesias mas opulentas y por consiguiente era un lujo desconocido en la capillita de la pobre aldea que habitaba el padre de Giotto, donde á lo mas se encontraban algunos mamarrachos estremadamente groseros.

Sabido pues cual era el gran placer que entretenia á nuestro pastorcillo, discurro que vosotros, mis queridos niños, no os autorizareis con su ejemplo para cubrir de *pintarracos* vuestros libros y cuadernos en lugar de entregaros á vuestros estudios: hablo de *esos figurones* que tanto se procuran esconder al acercarse el maestro por causa de los que se reciben de cuando en cuando reprimendas y castigos. Teneis la dicha de haber nacido en una condicion en la cual podeis gozar de los beneficios de esa educacion tan preciosa, de la cual se hallan privados los niños pobres y por lo mismo debeis aprovechar gustosos esta circunstancia, no solo para recoger algun dia sus frutos, sino para complacer á vuestros padres que os la dán. Esto asi, de

ningun modo llenareis su objeto si llenais de rayas que figuran caras y húsares vuestros libros en vez de oír las lecciones de vuestros maestros, si pasais dibujando perros y caballos el tiempo de vuestras lecciones de ortografia ó de historia. Si vuestros padres os han dado un profesor de dibujo entonces trabajad con esmero, á fin de tener un bonito paisaje que ofrecer á vuestra madre el día de su santo, ó una hermosa cabeza griega ó romana que vuestro padre coloque en su gabinete, en un marco dorado, como un recuerdo de la satisfaccion que le habeis causado. Mas en cuanto á esos *buenos hombres* que corren y dan pernadas sobre los cuadernos de cierto chiquito y de cierta niña que conozco, reservarlos para las horas de recreo, y que no os hagan perder el tiempo destinado al estudio.

Por lo que hace á Giotto, podía descansadamente entregarse á su gusto favorito sin que nadie tuviere derecho de reprendérsele. Habeis visto que el pobre niño no tenía mas ocupacion que vagar por los campos en pos de su ganado. Por imperfectas que fuesen las figuras que delineaba como se ha dicho, no dejaban por eso de causar sorpresa, cuando se reflexiona cual era la edad y el estado del pintorcillo. Era frecuente que tomase su rebaño por modelo y entonces eran las cabras las que reproducia, bien ó mal con sus barbas largas, y sus delgadas patas, y luego ponía en un cuadro á su buen perro negro, su compañero de paseo y de aventuras. Otras veces era la casa de su padre lo que pintaba, ó los árboles que lo redeaban con su sombra. En pocas palabras, todas las pinturas que se encuentran en los parages que Giotto tenía costumbre de frecuentar, parecían una verdadera esposicion de dibujos.

Habia por aquel tiempo en Florencia un pintor muy famoso de aquella época, y célebre hoy todavía, llamado Cimabue. Este artista iba con frecuencia á pasearse por las cercanías de la ciudad, ya para pintar las vistas mas notables que la campiña ofrecia á sus miradas, ya para descansar de sus tareas respirando el aire puro de aquella bella comarca. Cimabue tenía gran reputacion pero no era ni malo ni envidioso. Veía sin celos á sus rivales disputarle los aplausos públicos, y cuando otro pintor conseguía hacer una bella obra, era el primero á aplaudirla. Sucedió que un día en uno de sus paseos, se dirigió Cimabue casualmente hácia las campiñas donde llevaba Giotto sus cabras á pastar. Pasando inmediato á una pared, de pronto llama la atencion del artista una de las figuras dibujadas sin designio por el pastorcillo. Le bastó echar una mirada para reconocer en aquel borron imperfecto un talento de observacion, cierta verdad completamente notable. Continuó su paseo y no tardó mucho en descubrir otro ensayo del mismo género. En aquel tiempo como os lo he dicho, no se cultivaban tanto

las artes como en el día, era mucho mas admirable hallar así caminando ensayos á los cuales faltaban solamente las lecciones de la esperiencia y el estudio. Causó una viva emocion á Cimabue el hallazgo que la casualidad le facilitaba, iba á que algun paisano le diese noticia del autor de aquel museo rústico, cuando acercándose á las orillas del Arno percibe no lejos de una piara de cabras esparcidas por los alrededores, un pastorcillo sériamente ocupado en dibujar con su dedo en la arena de la orilla. Era nuestro amigo Giotto. Cimabue adivina; ha encontrado el autor de los bocetos que le han causado tanta sorpresa. Auméntase de nuevo su admiracion. Se acerca y Giotto estaba tan profundamente ocupado de su obra que el pintor se colocó detrás de él á la distancia de algunos pasos sin que este lo echase de ver. Por lo menos durante una hora permanecieron así los dos inmóviles, uno dibujando y otro mirando. Giotto habia tomado por modelo una de sus cabras que reposaba al abrigo de una próxima encina. Acababa de dibujarla cuando de improviso Cimabue que seguia con la vista los progresos de aquel bosquejo, le tocó de sopeton en el hombro. El pastor se vuelve..... ¡ Bravo! bravo! exclamó el artista; bravo! mi pintorcillo! Está muy buenol escelente! Dime ¿quién te ha dado lecciones?

—Nadie, mi buen señor, respondió el jóven pastor todo sorprendido del cumplimiento que no creia merecer.

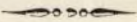
—Es que en verdad está arrogante, amigo mio! Responde-me. ¿Te agradaria aprender á pintar?

—Ciertamente que me gustaria mucho; mas es preciso que yo guarde mis cabras. ¿Quién las traeria á pastar faltando yo? Cimabue dirigió al jóven pastor diversas preguntas relativas á sus inclinaciones y á su familia. Giotto respondia á ellas con tal exactitud y talento que aumentaron el interés que Cimabue tomaba por él. La cabaña del padre de Giotto no estaba lejos. Cimabue persuadió á su jóven amigo á retirar sus cabras al establo, y á conducirle á donde estaba su padre. Giotto se resistió primero porque el pobre chico temia que le riñesen y tal vez pegasen si volvia con su ganado antes de la hora acostumbrada. Cimabue respondió de todo y prometió justificarle plenamente de aquel regreso prematuro. Giotto reunió sus cabras, y corriendo de cuando en cuando su conversacion con el artista para llamar alguna cabra que caminaba muy lentamente ó muy de prisa, tomó acompañado de Cimabue el camino de la cabaña paterna.

El padre Lorenzo quedó muy admirado de todos los elogios del pintor acerca de las disposiciones maravillosas de su hijo. Bien habia visto algunas veces los bosquejos dibujados por Giotto, pero sin apreciarlos en nada ni conocer en manera al-

guna su mérito. Estuvo al principio tentado á creer que era hacer burla de él. Cuando Cimabue le propuso llevarse consigo su hijo á Florencia para enseñarle á pintar, lo rehusó diciendo: que el hijo de un pobre tenia necesidad de trabajar para ganar su vida. Cimabue pudo con gran dificultad hacerle comprender que las artes pueden ofrecer tambien una existencia; le hizo presente que quizás algun dia el jóven podia adquirir riquezas y ser el apoyo de su familia. Esta perspectiva acabó de convencer al paisano. Cimabue se encargó de la manutencion y gastos de su nuevo discípulo. El padre de Giotto dió su consentimiento y nuestro pastorcillo despues de haber abrazado á sus padres, sus hermanos y hermanas, tomó con su protector el camino de Florencia.

Era la vez primera que iba á aquella gran ciudad, pues aunque estaba tan cerca de su aldea jamas habia tenido ocasion el pobre pastorcillo de visitarla. Cimabue lo condujo á su casa; le hace entrar en su obrador lleno todo de cuadros y de obras empezadas. Giotto está al principio como aturdido en medio de todos aquellos lienzos brillantes, pero un libro abierto sobre una mesa, viene á herir su vista, un libro adornado de dibujos y de pinturas de un gran precio. Giotto se detiene delante de la mesa con la cabeza ansiosamente inclinada sobre aquel libro, y permanece absorto en la contemplacion de las pinturas. Cimabue observaba. Vé que las facciones del jóven se animan, que sus miradas despiden ya el resplandor de todo el genio de las artes, y cogiéndole la mano dice: «trabaja, trabaja hijo mio! no me he engañado. Sí, algun dia, tú serás tambien pintor! Desde el siguiente dia quedó Giotto admitido entre los discípulos de Cimabue, que se aplicó con un cuidado particular á cultivar las disposiciones del pastorcillo. El estudiante por su parte puso tal empeño en aprovecharse de las lecciones de aquel hábil maestro que hizo los mas rápidos y los mas sorprendentes progresos. Los elogios de Cimabue encendian su celo: tenia que justificar plenamente sus predicciones y que reconocer sus bondades. En poco tiempo el discípulo llegó á ser el rival del maestro. Pero Cimabue se congratulaba del buen éxito de sus lecciones. Giotto tuvo como él una gran reputacion. Los aficionados se reñian por sus obras; mas su fortuna no le hizo perder la memoria de su nacimiento. Sacó á sus padres de la pobreza sustituyendo á la humilde cabaña una casa cómoda. Mientras vivieron, Giotto dividió su afecto entre ellos y el generoso protector á cuya benevolencia debia su gloria y su fortuna.



LAS MONAS Y LA ABUBILLA.



FÁBULA.

Proyectaron las monas en Tetuan
Academia de música tener,
Y para dirigirla, con afán
Quisieron un buen músico poner.

Fijóse edicto á toque de clarín,
Llamando á todo pájaro cantor,
En que ofrecieron títulos sin fin
Al que fuese elegido por mejor.

Así que hubo un concurso sin igual
De pretendientes, muchos de aptitud,
Que todos presentaron memorial
Para empleo de tanta magnitud:

Entre ellos el ufano colorín,
El canario y el mirlo silvador,
El cardenal vestido de carmín.
La oropéndola y dulce rruiseñor.

Con verdad ó sin ella cada cual
Sus méritos espuso en el papel;
Prodigio de la ciencia musical
Este en los sonos, en la voz aquel.

Mucho antes de llegar á decidir
Quien la academia habia de ordenar,
Mas de una mona se dejó decir,
Que al rruiseñor trataban de nombrar;

Pero llegado el día de eleccion,
La fétida abubilla electa fue
Que formando en *cú, cú*, su diapason
Mas apta era que todos, ya se ve.

¿Por qué, monas con habla, sin rubor
Los pobres pretendientes convocais,
Si en el puesto debido al rruiseñor
La abubilla cien veces colocais?

